

Carabalí

leyenda recopilada por Cayetano Coll y Toste
adaptación de Mary Muñoz de Torres
ilustrado por TANÉ Arte y Diseño

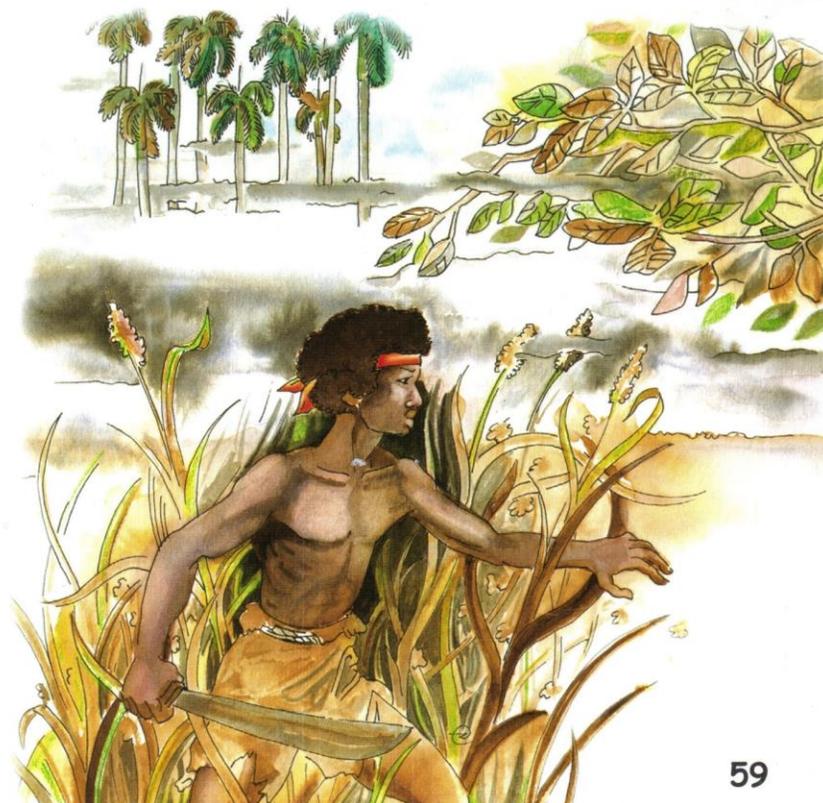
Si viajas por la costa norte de la isla de Puerto Rico y atraviesas el llano por donde pasa el río Abacoa, verás montes y mogotes en donde se encuentran cuevas de todos tamaños, misteriosas y fantásticas. Por uno de esos senderos en donde abunda la palma real, podrás ver una mancha negra en una de las rocas. Esta mancha indica la entrada a la cueva que fue el escenario de una de las leyendas más antiguas de nuestra tierra: la leyenda de Carabalí. Si entras en esta cueva, te darás cuenta de que es húmeda y oscura. Allí encontrarás cientos de murciélagos, esos animalitos alados, fascinantes e inofensivos. Arriba y abajo verás estalactitas y estalagmitas de todas formas y tamaños. Si continúas tu recorrido hallarás, al final de la caverna, la salida a un gran precipicio.

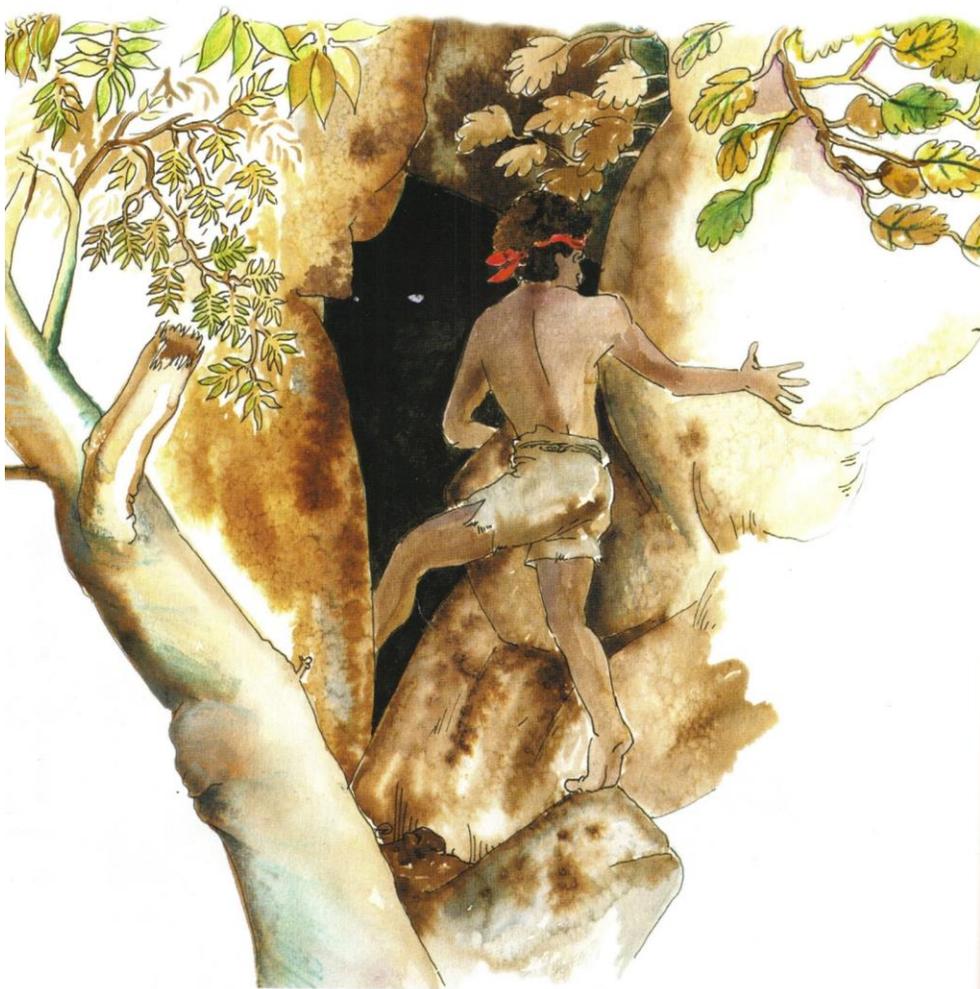


Esta leyenda se originó hace más de doscientos años, durante la colonización española, cuando en nuestro país aún existía la esclavitud y desde África llegaron los fuertes y valientes hombres y mujeres que hoy forman parte de nuestros antepasados. En aquel entonces, esta cueva sirvió de refugio a los esclavos y esclavas que huían buscando la libertad a la que todos tenemos derecho. Huían de los ingenios azucareros en los que trabajaban sin descanso, hambrientos y mal vestidos. De aquellos ingenios hoy sólo queda el recuerdo de las hazañas de Carabalí.

¿Quién era Carabalí?

Carabalí fue un esclavo que se rebeló contra su amo y se fugó, en varias ocasiones, de un ingenio llamado San Blas, aunque siempre lo volvían a atrapar. Pero su suerte cambió cuando huyó por tercera vez. En esa ocasión, tan pronto se supo la noticia de su fuga, soltaron a los perros rastreadores para que comenzaran a buscarlo. Carabalí sabía que su vida estaba en peligro, porque el castigo para los esclavos fugitivos era siempre cruel y despiadado. Por eso aprovechó la neblina que cubría las colinas para esconderse.





Carabalí atravesó bosques y lodazales como pudo, a gatas, arrastrándose o corriendo. Venciendo todos los obstáculos, logró llegar a la cumbre del monte, en donde entró a una oscura cueva deslizándose por una estrecha grieta. Él sabía que al amanecer los capataces irían a buscarlo, por eso tenía que esconderse. Lo bueno es que conocía muy bien aquella cueva, porque ya se había ocultado ahí otras veces.



Aquí encontró trozos de madera seca con los que encendió una fogata para calentarse. Como estaba muy cansado de tanto correr, sacó de su bolsillo un trozo de una hoja de tabaco torcida, se la metió a la boca y se quedó dormido.

A la mañana siguiente los perros seguían buscándolo, ladrando con furia. Carabalí abrió los ojos justo cuando la luz del sol comenzaba a entrar a la cueva. Recordó entonces que La Monga, una vieja esclava, le había dado un machete para que se defendiera. Lo amoló con una piedra y cogió una higuera, con la que hizo una vasija para tener agua. Luego desayunó algunas frutas silvestres y se dispuso a cerrar la entrada de la cueva con piedras de diferentes tamaños.

Al terminar, pudo escuchar los ladridos cada vez más cercanos. Pronto se dio cuenta de que los perros estaban justo a la entrada de la caverna. Uno de ellos metió la cabeza por un pequeño agujero, tratando de olfatear el interior. Carabalí comprendió que estaba perdido; sus perseguidores sabían ya dónde estaba y comenzaron a quitar las piedras para entrar a la cueva. Entonces, Carabalí caminó hacia el fondo de su refugio, sin recordar el precipicio que había ahí; sin darse cuenta, cayó en él.

Los capataces entraron a la cueva y, convencidos de que Carabalí había muerto al caer, abandonaron el lugar y dieron por terminada la búsqueda. Pero, se habían equivocado...

Carabalí, el valiente esclavo, había logrado sobrevivir a la caída. A pesar de la altura desde la que había caído, su fortaleza de espíritu le ayudó a recuperarse de sus heridas y a crear, poco a poco un refugio en aquella cueva.



Cuenta la leyenda que Carabalí logró reunirse después con otros esclavos fugitivos, y que juntos ayudaron a otros esclavos a escapar. Aunque en algunas ocasiones los vecinos del lugar lo vieron, pensaban que era un fantasma que quería vengarse, porque todos suponían que había muerto al caer al precipicio. Todavía hoy, más de doscientos años después, los jíbaros del barrio cuentan que en las noches de luna puede verse a Carabalí cabalgando, dispuesto siempre a defender y a ayudar a los fugitivos del ingenio.